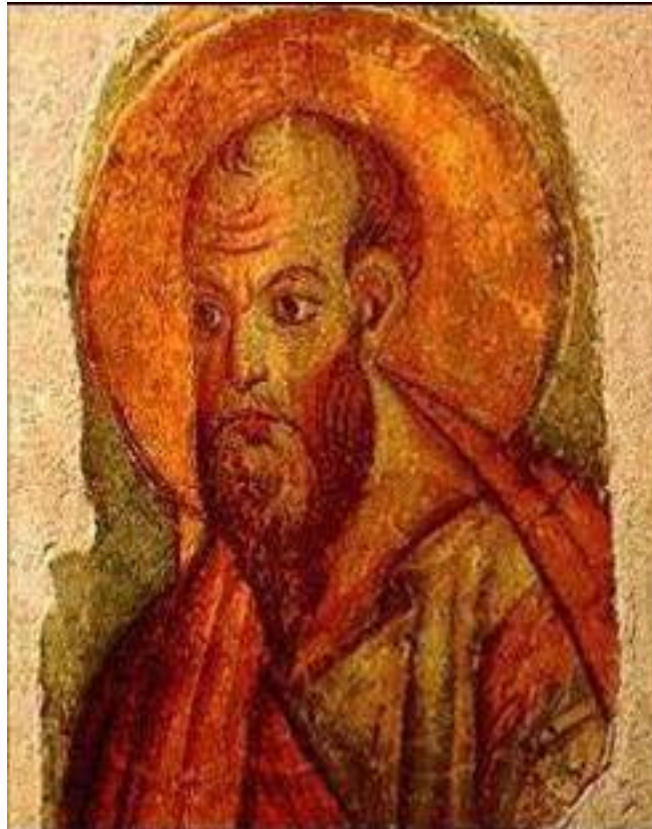


Pablo y la Eucaristía



La Eucaristía, con el Bautismo, es un **sacramento a la vez fundamento y cumbre de la vida cristiana**. La Eucaristía, en su origen bíblico, reviste una diversidad de sentidos que es bueno recordar para captar toda la riqueza de su significado.

Según los Evangelistas Mateo, Marcos y Lucas, Jesús, antes de morir, quiso celebrar la Pascua con sus discípulos: "*¿Dónde quieres que te preparemos para comer la Pascua?*" (Mt 26,17). El marco pascual de la última Cena está bastante claro para poderlo tener en cuenta en la interpretación del sentido de la Eucaristía. **Jesús instituyó este sacramento en el desarrollo de su última comida con sus discípulos, en el desarrollo de una comida pascual judía.**

Hoy, vamos a examinar el sentido de la Eucaristía en las epístolas de san Pablo.

1. La Eucaristía es una bendición dirigida a Dios.

San Pablo escribe a los Corintios: "*¿La copa de bendición que bendecimos no es una comunión en la sangre del Cristo?*" (1 Co 10,16). El Evangelista Marcos dice por su parte: "*Durante la comida, tomó el pan, y después de haber pronunciado la bendición...*" (Mc 14, 22).

Pero, ¿cuál es el sentido bíblico de la bendición? Esta palabra viene del latín *bene-dicere*, en castellano "**hablar bien**". Así en el libro del Éxodo, encontramos la frase siguiente: "*Bendito sea Yahvé que os ha sacado de las manos de los egipcios (...), que ha liberado al pueblo de la esclavitud egipcia*". (Ex 18, 10).

La bendición es el fruto de la admiración y del quedarse maravillado. Es...

- una oración de alabanza dirigida a Dios para cantar o contar sus maravillas;
- una confesión encomiástica de Dios;
- una proclamación de las maravillas del amor divino;
- una glorificación de la potencia manifestada en la liberación realizada por el Señor.

La atmósfera de la bendición es siempre el gozo, la exultación, la alegría.

En el Antiguo Testamento, existía un sacrificio de alabanza (en hebreo, Tôdah) donde se proclamaba la grandeza de Dios y especialmente las maravillas de la vuelta del exilio. En la Iglesia primitiva, las comidas cristianas se convierten en lugares donde se celebraba, en alabanza, la victoria de Dios en Cristo resucitado.

En la Cena, Jesús pronunciando la bendición sobre el pan, proclamó las maravillas de Dios que se manifiestan en el mundo, en su vida y en la de sus discípulos. Y después de Él, los cristianos y las cristianas repiten en la Eucaristía su admiración al Padre por todo lo que ha realizado en la creación, por todo lo que realiza en su vida y en su comunidad, y por todo lo que se realizará en el mundo, a pesar del pecado de los seres humanos, llevando su Reino hacia la plenitud. En este sentido preciso, la bendición es diferente a la acción de gracias.

2. La Eucaristía es el elemento constitutivo de la comunidad cristiana

A estos mismos cristianos de Corinto, Pablo les precisa: "*¿El pan que rompemos no es una comunión en el cuerpo del Cristo? Ya que hay un solo pan, todos nosotros somos un solo cuerpo; porque todos nosotros participamos en este único pan*" (1 Co 10, 16-17). **La comunión en el cuerpo de Cristo resucitado realiza pues la unidad de los cristianos y de las cristianas hasta tal punto que juntos, constituyen la Iglesia.** La comunidad de los discípulos se convierte en Cuerpo de Cristo.

"*Esto es mi cuerpo entregado por vosotros*" (1 Co 11, 24). En la antropología judía, el cuerpo, es toda la persona, pero en relación con sus semejantes y en relación con el universo. El ser humano es cuerpo; es un ser en relación. No se trata de un cuerpo moral (como el cuerpo de profesores) formado por iniciativa de los cristianos y cristianas, **sino del Cuerpo resucitado de Cristo que reúne en su persona la totalidad de sus discípulos.** Según san Pablo, la Eucaristía y el Bautismo son los dos sacramentos constitutivos de la comunidad cristiana: "*Hemos sido bautizados para formar un solo cuerpo*" escribe Pablo (1 Co 12,13).

3. La Eucaristía es una acción de gracias

"*En efecto, he aquí lo que yo recibí del Señor, y lo que os he transmitido: el Señor Jesús, la noche en la que fue entregado, tomó pan, y después de haber dado gracias, lo rompió y dijo: "esto es mi cuerpo dado entregado por vosotros, haced esto en memoria mía"*. (1 Co 11, 23-24) Igualmente, Marcos, después de haber empleado la palabra bendición para el pan, continúa así: "*luego tomó una copa, y después de haber dado gracias, se la dio*". (Mc 14, 23).

¡*Dar gracias!* En su sentido etimológico, la Eucaristía es una acción de gracias. **Esta acción de gracias se manifiesta en la gratitud y el reconocimiento por los beneficios recibidos del Señor.**

Mientras que el motivo de la bendición es el recuerdo de las maravillas de Dios, el motivo de la acción de gracia es el recuerdo de los beneficios concedidos por Dios. Por supuesto, no hay que oponer estos dos géneros literarios porque en la Biblia son a menudo vecinos.

Estamos habituados a manifestar nuestro agradecimiento a Dios en el curso de las celebraciones eucarísticas, y está bien así. Pero también es bueno no olvidar el proclamar las maravillas de Dios (la bendición). **Nuestras Eucaristías estarían entonces impregnadas a la vez de alabanza y gratitud, de admiración y agradecimiento.**

4. La Eucaristía es el memorial de la Pascua de Jesús.

Después de la comida, Jesús hizo lo mismo con la copa, diciendo: "*Esta copa es la nueva Alianza en mi sangre; haced esto, cada vez que la bebáis, en memoria de mí*". (1 Co 11,25)

¡*En memoria de mí!* La Eucaristía es el memorial de la Pascua de Jesús, de su paso de la muerte a la vida. En el pensamiento judío, **hacer memoria**, es no sólo acordarse de un hecho del pasado, **sino también hacer presente un acontecimiento favorable para el pueblo.**

Desde el Éxodo, cada generación judía celebraba la Pascua diciendo: "*Es por todo lo que Yahvé hizo por mí en el momento de mi salida de Egipto*" (Ex 13,8). Y se comentaba así: "*Cada generación debe verse a sí misma como liberada de Egipto*". En este sentido la Pascua judía es un memorial, una fiesta litúrgica que actualiza la liberación de Israel de la servidumbre de Egipto.

Incluso, **la Eucaristía re-actualiza y hace presente el acontecimiento salvador del paso de Jesús de la muerte a la vida.** Este paso de la muerte a la vida se ha realizado primeramente en el mismo Jesús, pero ha sido realizado en nombre de toda la humanidad y a su favor.

En la Eucaristía, **son llamados todos y cada uno a asumir el acontecimiento de la muerte de Cristo y a apropiarse del dinamismo de liberación que contiene.** La Eucaristía opera el paso de las tinieblas a la luz, de la ruptura al amor, de la esclavitud a la libertad, de la muerte a la vida.

También la Iglesia primitiva entendió la Eucaristía como la Pascua del Señor: Jesús es el cordero pascual cuya sangre consagra a quienes le reciben.

5. La Eucaristía establece una nueva alianza con Dios.

"*Esta copa es la nueva alianza en mi sangre...*" (1 Co 11, 25). Por medio de la Eucaristía Jesús concluye una nueva alianza con la humanidad. ¿Qué quiere decir esta expresión? No se puede hablar de una alianza entre Dios y los hombres sin relación a la alianza sellada en el Sinaí: Moisés, tomando la mitad de la sangre (de los toros jóvenes inmolados) la esparció sobre el pueblo y dijo: "*Esta es la sangre de la Alianza que Yahvé ha pactado con vosotros mediante todas sus cláusulas*" (Ex 24,8). **Al derramar la otra mitad de la sangre sobre el altar, que representa a Yahvé, Moisés une simbólicamente al pueblo y a Yahvé.** Así como el pacto con Yahvé es ratificado por la sangre, la Nueva Alianza lo será por la sangre de Cristo. La sangre de Cristo se convierte así en la sangre de la alianza entre su pueblo y Dios, entre nosotros y Dios.

Según la concepción de los pueblos semitas de la época (los pueblos de Medio Oriente), una alianza o un contrato debe cerrarse con sangre. ¿Por qué? Porque **en la mentalidad del tiempo, la vida está en la sangre** (cf. Lv 17, 11). **La sangre establece un lazo vital, una comunidad de vida, entre los dos contratantes.** En la sangre hay unión. En el rito de la Eucaristía, la sangre de Cristo hace de vínculo vital entre los dos contratantes, Dios y los creyentes. La sangre de Cristo ha vinculado a la humanidad con Dios por medio de un nuevo contrato.

Según el Evangelio de Juan, en verdad Dios se ha comprometido en Jesucristo: "*El que come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna y yo le resucitaré el último día*" (Jn 6,54). Por su parte,

el creyente ratifica esta Nueva Alianza y se compromete en vivir la vida del discípulo en el seguimiento de Cristo por medio de la Eucaristía.

Añadamos, finalmente, que la sangre de Cristo en la Eucaristía instauro una comunión profunda y duradera entre Dios y el creyente, y ello supone **un compromiso de este último en el cumplimiento del mandamiento nuevo del amor fraterno**. Esta es la manera concreta de ratificar en la vida la Nueva alianza realizada en la sangre de Jesús.

6. La Eucaristía es comunión en el sacrificio de Jesús en la Cruz.

La Cena se celebró en un contexto de sacrificio, como la Pascua judía y el sacrificio del cordero pascual. Los términos empleados por Jesús son de sacrificio: "*La nueva alianza en mi sangre*" (1 Co 11, 25). O también en Marcos: "*Esto es mi sangre (...) vertida para la multitud*" (Mc 14,24). Jesús vincula por lo tanto su muerte sangrienta con este pan y este vino. Por otra parte, Pablo precisa: "*Porque cada vez que coméis este pan y debéis esta copa, anunciáis la muerte del Señor, hasta que vuelva.*" (1 Co 11,26). **En la Cena Jesús anuncia por palabras y gestos, altamente simbólicos, el sentido del sacrificio de su vida sobre el Gólgota.**

El hecho de que haya dos especies eucarísticas (el pan y el vino) significa también la separación del cuerpo y de la sangre de Jesús realizada en el calvario. Esta separación hace referencia directamente a un sacrificio sangriento, como se encuentra en el Antiguo Testamento.

"*Tomad y comed. (...) Tomad y bebed*". Por estas palabras, que expresan el don de su cuerpo y de su sangre a los suyos, **Jesús anuncia que da su vida por el conjunto de la humanidad en un gesto de amor inefable**: "*No hay amor más grande que el de dar su vida por aquellos que se quiere*" (Jn, 15, 13). Ha vivido toda su existencia para el Padre y para quienes lo rodeaban, principalmente los pobres, los pequeños y los excluidos. De hecho, Jesús fue condenado y llevado a la muerte por sus opciones en favor de los excluidos de la sociedad y de la religión del tiempo.

La actitud de Jesús durante su vida es la clave de la interpretación de su muerte. La ley de su vida será también la ley de su muerte. Siempre vivió para los otros; morirá para los otros. En la Cena, Jesús ofrece libremente su vida en sacrificio **en el sentido existencial de un acto de ofrenda y de abandono en Dios en nombre de todo el género humano.**

La comida de la Cena dice pues simbólicamente el sentido que Jesús va a darle a su muerte. Ésta será el don de un amor más fuerte que la muerte. **Su amor cambiará por completo una situación negativa de traición y de condena en victoria del amor y de la vida, tanto para él como para el conjunto de la humanidad.** Así, el término de sacrificio es liberado de sus connotaciones negativas.

Cada Eucaristía es la re-actualización de la ofrenda de Jesús a su Padre. Así nos lo recuerda la liturgia en la aclamación después de la consagración: "*Proclamamos tu muerte, Señor Jesús, celebramos tu resurrección*". Comulgando en el cuerpo y la sangre de Cristo, los fieles comulgan en su sacrificio y participan en su ofrenda de amor.

Así, la Eucaristía...

- Reactualiza la cena y el sacrificio existencial de Jesús haciéndolos presentes a los cristianos y cristianas de todos los tiempos;
- Invita a todos y cada uno a vivir como Cristo, ofreciendo a Dios su existencia "*en sacrificio vivo, santo y agradable a Dios (...), en culto espiritual*" (Rm 12,1).

7. La Eucaristía es envío a la misión de evangelizar

“Cada vez que coméis de este pan y bebáis de esta copa, anunciáis (*evangelizáis* según el verbo griego) la muerte del Señor, hasta que vuelva” (1 Co 11,26).

En el pensamiento de Pablo, **la Eucaristía es ella misma una evangelización**, es decir una proclamación de la muerte-resurrección de Cristo como el misterio central de la fe cristiana y como el acontecimiento portador de la salvación de la humanidad. Por el mismo hecho, la Eucaristía envía a la misión en el mundo a quienes participan en ella. Hay un lazo estrecho entre la Mesa eucarística y el compromiso en el mundo para la realización del Reino de Dios.

La Eucaristía implica, por lo tanto, **la preocupación por el mundo, la voluntad de un compromiso para que éste se convierta en el mundo que Dios quiere**. Confiere una responsabilidad misionera en el interior de las estructuras del mundo para que desaparezcan la injusticia, la guerra, el odio, la explotación y sus causas. Por ello, la celebración de la Eucaristía es un momento privilegiado en el que la Iglesia participa en la misión de Dios en el mundo. La asamblea cristiana está llamada a abrirse al mundo con el fin de que el acontecimiento de la Cruz y de la Resurrección tengan todo su esplendor.

Para todos los cristianos, la preocupación por la transformación del mundo es inseparable de la preocupación por la realización del Reino de Dios aquí abajo por la acción del Cristo resucitado presente en medio de los suyos.

8. La Eucaristía es la comida de la caridad fraterna.

La Eucaristía es un rito de alimentación. En el mundo semítico antiguo la alimentación tenía un valor sagrado; era un don de Dios que da la vida. Además, la comida realizada en común establece un vínculo sagrado entre los comensales y realiza la amistad más profunda.

La Eucaristía es así la comida de la caridad fraterna y del amor. Pablo advierte a los cristianos y cristianas de Corinto: "*Hay entre vosotros divisiones, me dicen (...). Porque cada uno se apresura a tomar su propia comida, de tal manera que mientras que unos tienen hambre otros están ebrios... ¿Queréis ofender a los que no tienen nada? (...) Cuando os reunáis para comer (la comida del Señor), esperaos unos otros*" (1 Co 11,18-33).

Para Pablo, **celebrar la comida del Señor destruyendo la caridad fraterna o sin preocuparse de los hermanos pobres, es profanar la Eucaristía**. Es profanar el Cuerpo del Cristo quien constituye a unos y otros en miembros de un solo y único Cuerpo, en comunión profunda. Además, la solidaridad con los pobres y los excluidos tiene un fundamento eucarístico, teniendo en cuenta las opciones privilegiadas de Jesús de Nazareth.

Venimos a la Eucaristía para alimentar nuestra vida espiritual de la vida y del mismo amor del Señor. Más aún, **la Eucaristía simboliza y anticipa el banquete celestial** en el que el Maestro "*Se ceñirá, hará ponerse a la gente en la mesa, y, pasando de uno en otro, les servirá*" (Lc 12,37). Banquete en el que cada uno estará cara a cara con Señor: "*Entraré en su casa para cenar, yo cerca de él y él cerca de mí*" (Ap 3,20). Sin este alimento divino, la vida de fe corre peligro de languidecer y de decaer. En el plano humano, ¿podemos vivir sin alimento? ¿No sucederá lo mismo en el plano espiritual?

9. La Eucaristía es el sacramento de la presencia del Señor.

"*El que come y bebe sin discernir el cuerpo del Señor come y bebe su propia condena*" (1Co.11, 29). Antes, Pablo había advertido los corintios: "*El que coma el pan o beba la copa del Señor indignamente, será culpable ante el cuerpo y la sangre del Señor*" (1 Co 11, 27). Estas advertencias muestran que **Pablo creía verdaderamente en la presencia efectiva de Cristo en la Eucaristía**. Pablo afirma en el mismo pasaje que a este propósito ha recibido una tradición que se remonta hasta

el Señor (1 Co 11,23). Por esta observación se ve que la comunidad primitiva creía en la presencia del Señor en la realidad de su cuerpo y de su sangre en la eucaristía.

Por otra parte, **el Evangelio de Juan confirmará un poco más tarde esta fe en la presencia real del Señor**: "El que come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna (...) Mi carne es verdadero alimento y mi sangre verdadera bebida" (Jn 6,53-56). Aquí hay más que un símbolo.

No se trata de una presencia estática, como de un ídolo que hay que admirar o que hay que contemplar. Se trata del **Señor resucitado presente en su dinamismo de resurrección, de liberación, de amor creativo y de vida ofrecida**. Por la Eucaristía, Cristo mismo está verdaderamente en medio de nosotros para transformarnos con el fin de que nuestras vidas sean iluminadas por su gracia liberadora. Aparte de la Misa, la presencia de Cristo en el sagrario no puede concebirse plenamente sin la vinculación directa con la Eucaristía como el sacramento y el signo de la presencia activa del Resucitado en medio de su pueblo.

10. La Eucaristía participación en el mundo nuevo, en el Reino.

"Anunciad la muerte del Señor hasta que vuelva" (1 Co 11, 26). **La expresión "Hasta que vuelva" anuncia la vuelta de Cristo glorioso al fin de los tiempos, cuando establecerá definitivamente su Reino**. Jesús mismo estableció un vínculo entre la Cena y la comida del Reino: *"Os lo declaro, nunca más beberé del fruto de la vid hasta el día en que lo vuelva a beber en el Reino de los cielos"* (Mc 14, 25). Aquí se simbolizan el fin de los tiempos y la llegada del Reino con una comida con vino nuevo. La Eucaristía es una anticipación del festín del Reino. Después de Jesús, Pablo recuerda el valor escatológico de la comida del Señor, esto es, el valor de la participación en el mundo nuevo del Reino.

El paso que se produce del pan al Cuerpo de Cristo y del vino a la Sangre reproduce, de manera sacramental, el paso del antiguo mundo al mundo nuevo; el paso que atravesó Cristo pasando por la muerte a la vida. El rito eucarístico, como el rito de la Pascua judía, es un rito de paso hacia el mundo nuevo.

Como sacramento, la Eucaristía le proporciona al creyente que vive todavía en el antiguo mundo el contacto físico con Cristo en toda la realidad de su ser nuevo, resucitado, espiritual. Los alimentos que asume le cambian la existencia y se le convierten en alimento de la era nueva. Por la Eucaristía, la Iglesia une las alabanzas, las acciones de gracias y las ofrendas de los creyentes al sacrificio eterno y perfecto presentado por Cristo a Dios su Padre en el Reino de los cielos (Cf. He 7, 24-26).

Léonard Audet, c.s.v.

Montréal, 2 de diciembre de 2008